

EL GRAN DESTINO DE AMERICA

¿QUE ES AMERICA?

POR ANTON ORREGO

Ningún organismo—pueblos, razas, hombres—es de una manera fija y conclusa. Todo organismo deviene y se hace. Tanto está el presente en el ayer como el ayer en el porvenir. El presente es el trampolín y el *elan* del mañana. Ver *históricamente, vivamente*, es constatar el panorama realizado y el panorama por realizar. La vida es la cadena de los instantes *verificados* y por *verificar*. Porque tanto como somos presente somos porvenir.

En la historia no hay pleonasmos, no cuenta la peripetia supérflua. Lo que fué hecho una vez, está siempre haciendo y creando. Cada hecho está cargado de consecuencias y él mismo es una consecuencia de otros hechos anteriores. El instante histórico engendra y es engendrado. Es paternidad y, a la vez, filiación.

En América ha faltado el ojo histórico. Por eso no ha surgido todavía una conciencia histórica, una conciencia continental. Su realizarse ha sido una realización *instintiva*, sin intención ni propósito alumbrado, regida solamente por el hado o el destino.

Pero es preciso acelerar y acrisolar el destino racionalizándolo, haciéndolo conciencia, rigiendo en cierto modo el *pensamiento* que presidió su nacimiento.

Así encontraremos el *estilo* de América, la versión del espíritu cósmico que toma estructura y encuentra cauce vital en su historia... Así América será coherencia, concatenación y tendrá un sentido en el *universo humano*.

Hasta aquí el azar, o lo que aparecía como el *azar*, por, que aún no se había expresado en razón histórica. De hoy en adelante, la conciencia, el propósito trascendente, el sentido histórico.

No me parece que está demás el intento, por pequeño, balbuceante e impreciso que sea.

LA AMERICA, DESGARRÓN HISTÓRICO

En la historia del mundo, América es un gran desgarrón. El desgarrón de una raza virgen—desgarrón por la conquista y la violencia de la *barbarie* occidental u europea—que cumple un ciclo de vida y de cultura superior, sin el concurso ni la aportación de las otras razas. ¡Caso único en el que se abre el seno de un Continente, como

un inmenso hipogeo cósmico, para que vinieran a cadaverizarse y podrirse dejando un HUMUS humano, rico en elementos fecundantes.

Hay una Sociología y una Antropología europeas, pero no hay una Sociología y una Antropología americanas, porque el hombre occidental carece de la experiencia y de la intuición americanas.

Y América ha vivido, también, sin su propia experiencia. Toda su vida histórica ha sido un abismarse de Europa en ella, una fusión de todas las razas en sus tórridas entrañas. Caso tal vez único en que una *prehistoria*, es superior, es *más* que la historia, porque Europa no ha creado nada en América, no ha hecho sino *repetirse* y repetirse destruyendo lo que había de vivo y fuerte en ella.

Y éste es el desgarrón de América. Un desgarrón que se cumple hasta en el hecho simbólico de que un navegante sale en busca de una cosa y, de súbito, se encuentra con otra. América es la aventura, el gran tropezón histórico de Colón, es la hija de lo fortuito y de lo inesperado.

América es la repentinidad del destino, el recomienzo de una vida nueva para la cual no sirven ni la experiencia, ni las leyes, ni las normas que ensayó el hombre europeo y el hombre oriental a través de los siglos. América es una nueva posibilidad humana.

Mientras el resto del mundo está en plena fusión disgregativa, América está en plena refundición vital. Mientras todas las demás culturas son una solución, América es una incógnita.

Este gran hecho se refleja de una manera característica en Sudamérica, y, dentro de ella, en uno de los países que es el más *sepulcro* del inmenso sepulcro americano: el Perú.

En ninguna parte se huele más el cadáver europeo. La carroña ha hecho en ella su sede dilecta. La descomposición es una descomposición de proporciones cósmicas. Va quedando, es verdad, el humus de la fecundación. Y sin embargo, América ha tomado a la LIBERTAD como casulla, manto o capa de exportación hacia la gloria y hacia la historia del mundo.

largas pestañas, y las manos hieráticas, con los mantos bordados. Son como ídolos. Son íconos a los que sigue la multitud en adoración; la virgen es casi una mujer; es una diosa pagana. Pero el cuadro que más me gusta de De La Solana es el de las máscaras. Allí sin sangre, sin tormenta visible, están las almas que sufren, no sabemos qué especie de dolor. Ese cuadro podría llamarse el cuadro de "Los dolores", a pesar de que las bocas ensayan una risa, que es una mueca de terror alucinante, o de angustia sin remedio. Es como la representación de un drama, en el que se cuajan todas las manifestaciones del dolor humano. Son las almas atormentadas por el amor, por la lujuria, por los celos, por el fanatismo, por la crueldad, o por algo más sublime, que dá genios a esta raza tan original y tan distinta a las demás. En España todo lo que no es conforme a ella desaparece, el ambiente cerrado lo arroja y desde hace siglos siguen siendo los Pirineos una muralla infranqueable para todo lo que no sea España. Puede decirse que la punta Ibérica es una isla a la que no llegan los clamores del mundo. A Picasso no se le concibe en España. Pero José de La Solana está allí en su ambiente; es el pintor de la raza como lo fueron el Greco y Goya.

En los cuadros de José de La Solana hay no solamente sadismo, dolor, misticismo; los personajes de sus cuadros de costumbres, son nobles de rancio abolengo, como los caballeros del "Entierro del conde de Orgaz". Sus curas son verdaderos pastores, sus obispos tienen unción, pero unción de Santo Oficio; sus mu-

jerres, son fanáticas, veladas, misteriosas, y algunas beatas chismosas, brujas de Sabat. Pero, en el cuadro de las "Titiriteras", es en donde acaba de documentarnos sobre el alma de España; allí está la prostitución clásica, la prostitución en una trastienda, en la que mujeres guapotas, rollizas, de largas melenas, están despreocupadas, pancescas, pantagruelicas. Son hermosas con desenfado; son alegres, con una alegría casi homérica; son primitivas en su fuerza y en su salud. José de La Solana pasó una esponja por el tormento y el alma de sus cuadros; es ya jocunda, grosera, saludable. Es ya el tema, un poema de regeneración bárbara, es un sol purificador que transforma los gérmenes morbosos de sadismo en gérmenes de alegría y de vida. Porque José de La Solana es el "genio" que encuentra la clave de todos los secretos de las almas.

Es también José de La Solana un colorista magnífico, de una riqueza suntuosa; originalísimo en la gama sombría de un esplendor regio; sus rojos tienen un gris que no los vela, tienen un brillo que ciega. Los marfiles de sus carnes son cirios que se consumen, son lámparas con luz. Son alucinantes porque nos dan todas las emociones del misterio doloroso de la renunciación y del amor. Sus colores son fuertes, ardientes y sombríos, nos dan todas las evocaciones, sin necesidad de argumento. No necesitan figuras porque se animan solos. Son la fantasmagoría de una pesadilla y son la pureza de una porcelana.

Carmen SACO.